

Al fin de evitar rivalidades que pudieran suscitarse entre los generales imperialistas, rivalidades que podían conducir al fracaso, era necesario poner al frente del ejército a una persona de bastante autoridad, capaz, por su prestigio, de alejar esta eventualidad, que siempre ha sido en México una de las principales causas del fracaso. Por esto, el Emperador Maximiliano se resolvió a ser él mismo general en jefe del ejército, cargo de tanta importancia en esos momentos.

Como todavía no se había avanzado mucho en la organización del ejército nacional, se resolvió marchar a Querétaro con unos cuantos cientos de hombres solamente, y después se mandarían refuerzos lo más pronto posible.

II.

SALIDA DE MEXICO DEL EMPERADOR A QUERÉTARO. — ESCARAMUZAS EN LECHERIA Y EN SAN MIGUEL CALPULALPAM.

A las seis de la mañana del 13 de febrero se encontraba formada en la garita de Vallejo, entre México y Tacubaya, la columna militar que debía acompañar al Emperador a Querétaro. Se componía de los siguientes cuerpos:

Batallón de la Guardia municipal de	
México	461 hombres.
Batallón de línea 14	200 "
Batallón de línea 15	300 "
Guardia municipal de rurales de	
México	100 jinetes.
Una parte del primer regimiento de	
caballería de la Emperatriz	20 "
Regimiento de caballería 7	94 "
Regimiento de caballería 9	125 "
Irregulares del Comandante Garcés	165 "

En suma: 961 soldados de infantería, 504 de caballería, 2 obuses de 15 centímetros, 2 cañones de montaña, 4 cañones de proyectiles de ocho libras,

94 hombres de la servidumbre imperial y suficiente personal de sanidad.

Para los europeos, como no están familiarizados con las condiciones que prevalecen en México y como están acostumbrados a ver caudillos seguidos de poderosos ejércitos, hubiera sido completamente indiferente el espectáculo de un puñado de hombres que acompañaba a un príncipe austriaco, hecho emperador, que se aventuraba a internarse en un país plagado de enemigos y cuyo buen éxito era sumamente dudoso. En Europa se hubiera juzgado como una locura la empresa de Maximiliano y a él como a un aventurero. Pero no así en México. No hay que olvidar que allí es imposible apreciar las cosas con los mismos datos numéricos que en Europa, porque en México unos cuantos miles de hombres constituyen un ejército muy respetable, si se recuerda que el país está, relativamente, muy poco poblado, circunstancia que haría muy difícil, si no imposible, reclutar gran cantidad de gente, como se hace en Europa; pero la empresa sería más difícil, sobre todo, por la falta de recursos de los gobiernos.

En tanto que en Europa acuden cientos de miles de hombres al campo de batalla, en México sólo se presentan unos cuantos miles, circunstancia que también tiene sus ventajas, puesto que el contrario tropieza con las mismas dificultades para luchar y no puede, fácilmente, aventajar a su adversario en soldados ni en elementos. Sin embargo, no se podría decir que las operaciones militares de México carezcan de importancia, aun cuando en Europa así las consideremos, juzgándolas por el pequeño número de combatientes; en México, las batallas son, proporcionalmente, tan sangrientas y decisivas como las

de Koniggratz y Sedan.

Si las tropas que debían acompañar a Maximiliano eran reducidas, en cambio eran, también, de las mejor organizadas del país, y en varios encuentros se habían portado heroicamente contra un enemigo superior; eran las mismas que en la batalla del Monte de las Cruces habían forzado un paso al parecer inexpugnable, venciendo a un enemigo doblemente numeroso y situado en un lugar bien defendido.

Maximiliano, acompañado del General Márquez y del Ministro de Gobernación Aguirre, encontró, a las 8 de la mañana, la columna militar, que lo saludó con estrepitosos vivas.

El entusiasmo por el Emperador no fué avivado artificialmente, y el buen ánimo del pequeño ejército lo improvisó favorablemente. Por su amabilidad supo conquistarse los corazones de todos los que lo rodearon. Siempre dió pruebas de un valor extraordinario y su intrepidez durante el sitio de Querétaro lo hará pasar a la historia con el nombre de un valiente. Empero, el 13 de febrero era la primera vez que se ponía personalmente al frente de sus tropas.

En ese día comenzaba una nueva era para él, durante la cual debía tomar una participación efectiva y vigorosa en las operaciones militares, tal como lo exigía imperiosamente el estado de las cosas. Si no quería que fuesen inútiles los esfuerzos desesperados de su partido, inútil toda la sangre derramada y que había de derramarse aún, y si quería, igualmente, evitar todo motivo de rivalidad, de celo y de mutua desconfianza entre sus generales, even-

tualidad vergonzosa que podía perjudicar la unidad de acción, tan necesaria en esos momentos.

El verdadero motivo por el cual el Emperador se había mantenido alejado, hasta entonces, de las operaciones militares, era que el mando supremo del ejército de ocupación, apoyado por el gobierno francés, era suficientemente poderoso para obrar por su cuenta, sin consideración alguna y muchas veces en contra de los intereses del Imperio Mexicano, tomando muy poco en cuenta las observaciones y las órdenes de Maximiliano.

El poder militar había estado reconcentrado, casi exclusivamente, en manos de Bazaine, quien estaba casi en continua enemistad con el Emperador, como lo demuestran las frecuentes y públicas humillaciones que sufrió el Soberano, por lo que éste se abstenía de hacer un papel ridículo junto al imperintente Mariscal francés.

A la llegada del Emperador, púsose inmediatamente en movimiento la columna militar. Como se había previsto, no pasó mucho tiempo sin que el enemigo diera señales de vida, pues la situación había empeorado tanto, que las gavillas republicanas, creciendo sin cesar, se iban apoderando de todo el país y a la sazón llegaban hasta las puertas de la Capital, sobre todo desde que Toluca había sido evacuada por las fuerzas imperialistas.

A cuatro leguas de México, cerca del pueblo de Tlalnepantla, situado en el camino a Querétaro, se tuvo contacto con el enemigo; por el lado derecho apareció un puesto avanzado, compuesto de unos veinte jinetes, los cuales, en cuanto vieron a los imperialistas, se retiraron a toda prisa.

A la una y media de la tarde, poco antes de

llegar a la hacienda llamada Lechería, la vanguardia del ejército encontró un batallón de caballería enemiga, fuerte de 600 hombres, mandado por el guerrillero Fragoso, quien había tomado posesión de ese lugar.

El General Márquez destacó un batallón de infantería de la Guardia Municipal de México hacia la parte izquierda del camino, para caer sobre el flanco del enemigo, y dispuso un cañón para hacer fuego; pero antes de que éste hiciese el primer disparo, la infantería y la caballería rompieron el fuego y obligaron al enemigo a abandonar el campo tan precipitadamente, que dejaron en el campo cerca de 80 hombres.

Dos granadas, certeramente disparadas, introdujeron gran confusión en las filas del enemigo, al que persiguió buen trecho la caballería de Garcés.

Durante unos momentos, una parte del enemigo apareció a retaguardia de los imperialistas; pero fué rechazada y dispersada por el 14º Batallón de línea.

Nuevamente se reconcentró el enemigo cerca del pueblo de Cuautitlán, para dificultar la marcha de sus contrarios; pero fué completamente rechazado por el impetuoso empuje de la Guardia Municipal.

Durante estos encuentros, el Emperador se hallaba entre sus tropas; a tres pasos de él, fué herido un soldado.

La columna tuvo las siguientes pérdidas: 1 oficial del batallón de Garcés, un soldado de la Guardia, que fué hecho prisionero por el enemigo, arrastrado y matado a sablazos, llevándolo después al Cementerio de Cuautitlán, donde colgaron su cabeza de un árbol. Hubo, además, 5 heridos.

Los imperialistas pernoctaron en Cuautitlán, y el día 14, a la una de la mañana, llegó el General Vidaurri con 30 hombres de su Guardia y 53 de una escolta de húsares. Llevaba también una cantidad considerable de municiones. Después que el enemigo se hubo apartado del camino de México, los húsares de la escolta de Vidaurri, en su mayor parte austriacos y pertenecientes al regimiento rojo del Conde Khevenhüller, se incorporaron a la columna, bien que estaban destinados a volver a la Capital.

El día 14 transcurrió sin que el enemigo diera señales de vida. La estación siguiente era la pequeña y hermosa ciudad de Tepejí del Río. En la noche llegaron otros 18 hombres de la Guardia de Vidaurri, que habían atravesado las filas enemigas montados en mulas.

El día 15, unos caminantes anunciaron que los guerrilleros Cosío y Martínez, con 300 infantes y 200 jinetes, se encontraban en Arroyo Zarco, una hacienda que está en el mismo camino, a dos jornadas de distancia de Tepejí; e igualmente Soledad Polotitlán y otros lugares, estaban tomados por el conocido guerrillero juarista Carvajal.

A las diez llegaron a la Cañada, bastante profunda, donde esperaban 100 tiros de bueyes para subir los cañones por la cuesta, sin pérdida de tiempo.

Como dos horas de jornada más allá de la siguiente estación de San Francisco Soyaniquilpan, empieza un terreno accidentado y cubierto de vegetación, donde está el pueblo de San Miguel Calpulalpam, que es tan célebre en la historia de México, pues allí fué completamente derrotado Miramón, en 1860, siendo Presidente de la República, por el General Don Jesús González Ortega.

Continuaron su marcha los imperialistas y el 16 de febrero llegaron a Calpulalpam, donde divisaron una partida de caballería enemiga, que intentaba visiblemente estorbar o impedir el avance de aquellos. Ya se había previsto que las distintas partidas enemigas que se hallaban diseminadas en el camino de Querétaro, habían de reunirse en este paso, como punto más favorable donde podían oponer resistencia a los imperialistas y dificultar considerablemente su avance.

Por parte de éstos, inmediatamente se tomaron las medidas necesarias para forzar el paso. La vanguardia se posesionó de la salida del pueblo inmediato de San Miguel, de población indígena, situado a la falda de la sierra, desde donde avanzaron dos divisiones de caballería, para reconocer el terreno. El General Márquez reforzó este cuerpo con un cañón de montaña.

Por lo pronto, las demás tropas descansaron en San Miguel, mientras marchaban el tren de artillería y la retaguardia.

El enemigo, compuesto de unos 200 hombres, se había posesionado de las alturas colocadas a la izquierda del camino, el cual dominaban desde corta distancia, y se había ocultado entre los árboles, teniendo hacia adelante un ancho foso, difícil de franquear y que los ponía a salvo de un ataque repentino de los imperialistas. Desde esta posición, favorable en grado sumo, podían hacer bastante daño al adversario sin arriesgar mucho.

Al acercarse la vanguardia, el enemigo comenzó a hacer débiles descargas de fusilería, poco nutridas, seguramente por temor de exponerse demasiado y, como estaban a alguna distancia, no podían

causar mucho daño sus balas. El General Márquez ordenó entonces, que dos divisiones de patrulla de 14^o Batallón de línea protegiera los flancos de la columna de avance.

Cuando la vanguardia alcanzó la altura central, sirvió de blanco al enemigo, el cual, no obstante, fué desalojado de sus posiciones, por medio de algunas granadas certeramente disparadas contra ellos. El tiroteo duró hasta que la columna venció completamente.

Uno de los grupos del enemigo que iba a retaguardia hizo una descarga sobre el carro del Ministro Aguirre y sobre el que seguía, creyendo que en alguno de ellos viajaba el Emperador. Pero éste, como otras muchas veces, estaba a caballo en uno de los puntos más peligrosos, alentando a las tropas con su ejemplo. Cerca de él, fué herido su coeínero.

En la llanura colocada al otro lado del Paso hicieron alto los imperialistas, para poderse reconcentrar, momento que aprovechó la caballería enemiga para acercarse unos mil pasos y atacar; pero fué dispersada por la caballería imperialista, perdiendo dos hombres y cuatro caballos.

Las pérdidas de los imperialistas, a causa de la timidez del enemigo, fueron muy pequeñas; solamente 1 muerto y dos heridos, a pesar de su posición tan desfavorable.

Prosiguieron su marcha a Querétaro, pasando por Arroyo Zarco, San Juan del Río, Sauco y Hacienda Colorada, sin ser molestados en lo más mínimo por el enemigo. En San Juan del Río, el guerrillero juarista Ugalde había entrado un día antes, pero se había retirado a Tequisquiapam, al tener co-

nocimiento de la entrada de los imperialistas a Arroyo Zarco.

En San Juan del Río expidió Maximiliano una proclama, en la que daba a conocer a sus tropas, que él, ya desembarazado de la influencia extranjera, se ponía al frente del ejército, para defender la independencia del país y la conservación del orden interior, contra un partido que atentaba contra ambas cosas, sólo para satisfacer sus propias ambiciones.

Al mismo tiempo nombró al General Márquez, jefe de su Estado Mayor.

EL GENERAL R. MENDEZ Y SUS TROPAS, QUERÉTARO Y SUS DEPENDENCIAS.

El 10 de febrero avanzaron las tropas imperialistas en Querétaro, desde San Juan del Río, hacia el Emperador, y no sin razón, como después pudieron apreciarse durante el sitio y sus horas más variables. Una gran multitud acudida en las calles y en las plazas de la ciudad, le saludó con verdadero entusiasmo. No eran manifestaciones ni manifestaciones formales de aduladores, hechas de las cuales podría haberse servido el Emperador; eran la expresión de una simpatía franca y real que la alta población de Querétaro tributaba inevitablemente a su Gobierno.

Tal era la ciudad, donde iba a desarrollarse uno de los dramas más tristes de la historia contemporánea.

Al entrar el desgraciado monarca en Querétaro después de tantas vicisitudes, se recibió en los alrededores un recibimiento de las compañías y de las milicias de guarnición, al ser saludado por todas partes de una multitud reverente. De alegría estaba muy lejos de presentarse con ningún orgullo como el que trajo